

## TRES CARTAS DE UNAMUNO

La primera de las cartas que transcribimos, enviada al escritor uruguayo José E. Rodó, es inédita y el original consta en el "Instituto Nacional de Archivo e Investigaciones Literarias" de Montevideo. A una gentileza de su director, el Profesor D. Roberto Ibáñez y a una gestión de nuestro amigo Rubén Etchebere debemos esta primicia de CENTRO para sus lectores.

Las dos restantes han sido publicadas originariamente en el "Repertorio Americano" de San José de Costa Rica, a cuyo director iban dirigidas, el 26 de marzo de 1938. Las reproducimos tomándolas del ejemplar que poseemos de esa revista, por creer que para estas latitudes son prácticamente desconocidas. De ahí la utilidad de su difusión en un medio en que han visto la luz las mejores cartas de Don Miguel hasta hoy aparecidas.

D.

15 de mayo de 1902.

Sr. D. José Enrique Rodó

Mi querido amigo:

Acaso al recibir ésta se halle ya en sus manos mi desahogo humorístico-novelesco *Amor y Pedagogía*. Pertenece a un género poco cultivado en España. No se cómo caerá, pero el libro me ha servido para purgarme de malos humores. Ahora trabajo en cosas de otra índole y fuste.

Celebro que haya salido de sus preocupaciones políticas. Es aquí un fatal sino, y creo que lo sea ahí, el que lleva a casi todos los intelectuales a la política, en que se malogran sus esfuerzos. La literatura suele ser en España escala para un ministerio u otro cargo inferior. Algo va corrigiéndose esto, sin em-

bargo. La gran masa del público no comprendía otro modo de premiar a un escritor prestigioso como no fuese haciéndole ministro. Tenemos, sin embargo, que Galdós, fuera de toda acción política, influye grandemente. No se concibe aquí apenas a un educador del pueblo sin disponer de la *Gaceta*. El politicismo nos devora, o mejor nos ha devorado (pues, como lo digo, hay señales de cambio) y el oratorismo. Es raro encontrar un verdadero *escritor* en España, los más que por tales pasan son oradores por escrito.

Pero ganamos y creo ha de llegarse a estado en que influya, fuera del poder, un pensador sobre su pueblo. Lo de Spencer y Ruskin en Inglaterra, o de Renan en Francia podrá llegar a darse aquí.

El enemigo es cierta oculta y sorda hostilidad a la cultura europea, una hostilidad de berberiscos. Por debajo nos queda algo del orgullo a lo marroquí; otros sabrán más, tendrán más industria, más dinero, etc., pero más hombres que nosotros... eso no. Añada que es aquí corrientísima la idea de que la felicidad va unida a la ignorancia. Estas tendencias búdicas a la vez que beocias hay que combatir y no con libertades abstractas, sino imponiendo la cultura. Yo paso por poco español ( y hasta por poco o nada latino) pero me esfuerzo por influir en la juventud intelectual española.

Tiene usted razón; hay que luchar por imponer *ideas* y hacer que circulen. Es preciso que el público no se asuste de los libros de contenido y acabe ese aluvión de ñoñerías más o menos modernistas en que no hay sino balbuceos de imitación. Por lo que a América hace me esfuerzo por llamar aquí la atención acerca de lo que ahí se hace de serio, sustancioso y conceptual, y desvanecer la leyenda del *sinsontismo* y de que no hay apenas más que poetas chirles que cantan a las manos principescas de ésta o la otra beldad u otra lilaila por el estilo. Por supuesto ésto no me lleva a desdeñar la literatura pura, *nuancée*, vaga, de imaginación o sentimiento.

Espero el fruto del período de meditación y trabajo en que me decía iba a entrar. Su *Ariel*, tan simpático, tan noble, tan elevado, tan sereno, me hace desear la consecución de su labor. Y admiro más esa manera por lo mismo que sin querer proponiendo yo (tal vez sea cosa de casta) a cierta dureza esquinada y a una expresión en exceso ósea.

Ya sabe cuán de veras es su amigo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

- - -

A. D. J. García Monge  
en San José de Costa Rica.

Le devuelvo adjunto, mi estimado señor, con el párrafo corregido. Acaso había incluido en él alguna otra cita, pero como no tengo aquí ahora a mano las *Cartas* de Martí —es decir, como no las he dado aún entrada en el índice de mi librería, seriame menester una larga rebusca— como va queda con sentido. No consiste, además, el punto en multiplicar las citas sino en escogerlas bien y típicas. Gracias por la difusión que procura a mis escritos y ojalá ello contribuya a que se lea a Martí con devoción inteligente.

A los que escribimos lengua hablada, y dinámicamente, nos han hecho oscuros los academizantes que escriben, y mecánicamente, lengua escrita. Y la oscuridad está en sus cabezas. Para que un cristal se haga espejo es menester que sea en sí, en su entraña, oscurísimo. En el mármol negro, no en el blanco, se ve uno. Y basta.

Le saluda desde Salamanca, a 25 marzo de 1920.

MIGUEL DE UNAMUNO.

- - -

Señor Don Joaquín García Monge,  
en San José de Costa Rica.

¡Cuánto tiempo hace que deseaba escribirle, mi buen amigo! Y no sólo para darle las gracias por las menciones que de mí hace en su *Repertorio Americano*, que recibo aquí en mi destierro de Hendaya, puntualmente, sino para decirle que estos recibos son uno de mis mayores consuelos. Gracias a su revista ecuménica de las Américas españolas me pongo en relación con ellas. Ahí sigo las palpitaciones de ese mundo nuevo. Y lo que siento es no poder ayudarles más en su empresa libertadora; ¡me embarga tanto lo de mi pobre España, presa de la más innoBLE tiranía pretoriana! Pero creo que pronto podré desquitarme. Estamos ahora en España en la misma lucha en que esas repúblicas estuvieron al emanciparse del yugo de la monarquía que fundó Carlos Quinto — quinto de Alemania, no se olvide. El todavía rey de España, Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena— más Habsburgo aún que Borbón— tuvo hace poco un incidente con el ministro de Méjico (con j.) en Madrid, el excelente poeta González Martínez, pronunciando frases más que imprudentes contra el gobierno de Calles. Es que se cree, el rey, como una especie de patrono de la catolicidad hispano-americana. ¡Y qué catolicidad! la menos *católica*, es decir:

universal, posible. No olvide que cuando Don Alfonso fué a ver al Papa, a la Roma de Mussolini, a proclamar *cruzada* la infame campaña de Marruecos, le pidió a Pío XI que hiciese cardenales hispanoamericanos. Quería patronar a esas repúblicas. Es lo que él llama la reconquista de América. Pero vea los antecedentes.

Casi al tiempo que España descubría América murió, y en Salamanca, el príncipe Don Juan, único hijo varón de los reyes llamados católicos Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, y con esa muerte se extinguió la posibilidad de una dinastía indígena española, en España. Trágico ex-futuro, ese pobre Don Juan que duerme en Avila de los Caballeros! La Loca de Castilla, Doña Juana, casó con el Hermoso de Borgoña, Don Felipe, y trajeron a España el primer Habsburgo, Carlos de Gante, y con él toda la subsiguiente caterva de los Felipes y Carlos. Y empezó la cruzada, continuación en parte, y sólo en parte, de la que los Reyes Católicos —llamémosles así— concluyeron contra los moros. Sólo que ahora fué cruzada contra luteranos —la Contra Reforma— y para establecer la hegemonía de la Casa de Austria en Europa. Y la América, que acababa de descubrirse, no fué nunca para estos nuevos cruzados, los habsburgianos, más que una mina de donde extraer oro —ya que no hombres— para proseguir esa cruzada. ¿Quiere usted más? Oiga a Colón mismo, cuya patria importa poco. El Colón que decía “el oro es excelentísimo, que con él se hace tesoro y llega su poder hasta que saca las almas del Purgatorio” decía que la empresa del descubrimiento se tomó con el fin de “gastar lo que de ella se hubiese en el rescate del Santo Sepulcro”. (Estas citas las tomo ahora de un librito muy sustancioso que estoy leyendo y que me refresca y medra muchas visiones históricas: es “El nacimiento de la América Española” de Juan B. Terán, de Tucumán). ¡Siempre la cruzada!

En la cruzada habsburgiana, en Lepanto, perdió el brazo Cervantes, y a ello debemos, a esa manquera, el *Quijote*, en el que por cierto no se habla de América. En la cruzada habsburgiana, contra Francia, para establecer la hegemonía de la Casa de Austria, perdió la pierna Iñigo de Loyola, y a ello debemos, a esa cojera, la Compañía de Jesús, que fundó luego el Imperio Jesuítico de las Misiones paraguayas y argentinas. Colón, Cervantes, Loyola! Lo que podría tejerse en torno al enjuello de esos tres símbolos, que no ya hombres! Pero sigamos.

A Carlos I de España, el flamenco que abrazó las libertades comunales castellanas, siguieron otros reyes extranjeros nacidos y criados en España, Felipe II, y III y IV, y Carlos II, el el más hechizado de todos, el imbécil. Y al extinguirse los Aus-

trias, los Habsburgos, vino Felipe V, —otro Felipe— y con él los degenerados Borbones. Y en tanto fermentaba la gran Revolución, que preluvió Rousseau, el verdadero maestro de Napoleón y de Bolívar. De la revolución salieron Francisco de Miranda y Simón de Bolívar, los dos grandes venezolanos. De la Revolución salieron las Américas españolas emancipadas. Napoleón arrastraba por el fango en Bayona —aquí cerca— a la monarquía borbónico-habsburgiana en los sujetos —no quiero llamarlos personas— de Carlos IV, María Luisa y Fernando VII, el bisabuelo y prototipo de nuestro rey actual— es decir *nuestro*, o sea mío... no! Y ahí en esas Américas, saben todos cómo la conquista de España por Napoleón y la ignominia de la monarquía de Carlos el Emperador fué el principio de la emancipación de ese nuevo mundo de sangre espiritual española —la lengua es la sangre del espíritu. ¿De qué se independizaron esas repúblicas españolas? De la monarquía fundada por Carlos V de Alemania, de su imperialismo, de su catolicismo, —no catolicidad— político y no religioso, de su cruzada. Y ahora quiere reconquistar esa América el rey habsburgiano del imperialismo, del catolicismo político y anti-cristiano y de la cruzada?

Por eso hay que andar con mucho tino en darse cuenta de qué es lo que quieren decir los que ahí y aquí al lado, en España, hablan de la madre patria y de qué maternidad quieren hablar. Porque si esa *madre patria* quiere decir patrona y patrona monárquica, de cruzadas, harán ustedes, los hispanoamericanos, muy bien en rechazarla. Para pretensiones patronales, imperiales y hasta de cruzada, ahí están los Estados Unidos. Y la cruzada puritana no es mejor que la jesuítica, si es que son diferentes. "Ingratos" —me decía una vez cierto sujeto refiriéndose a los cubanos —"después que descubrimos, conquistamos y colonizamos aquello..." "¿Descubrimos? —le repliqué— ¡yo no!" Y él "¡bueno, nuestros padres!" Y yo: "los de ellos, amigo, los de ellos!" (Y tenga en cuenta que mi padre pasó su juventud y parte de su madurez en Méjico). Y si de lo de madre patria pasamos a lo de hermana mayor —aunque todas estas metáforas son ambiguas y engañosas— hoy le toca a la hermana mayor, a España entre europea y africana, pedir a sus hermanas menores que le ayuden, siquiera en espíritu, a emanciparse de la monarquía imperialista, habsburgiana, político-católica, —no cristiana— y de cruzada y a establecer aquí la república.

Pero entendamos con esto de república, que no es cosa de forma superficial, o accidental, sino de forma profunda o sustancial. Bélgica, Holanda, Suecia, etc., son más repúblicas hoy que Chile, Venezuela, Perú y otras de por ahí. República quiere decir publicidad y civilidad. Si los actuales tiranuelos pretoria-

nos de España tuviesen que echar al rey para sostenerse no por eso habría república en España. Aunque se llame republicano un régimen pretoriano, de mercenarios de las armas, que convierte a los verdugos en jueces y hace de la política policía, no es república. Proclama el principio de autoridad, el orden, pero es para ahogar el fin de autoridad, la justicia. Y lo envenena todo. Vea cómo el mismo régimen implantado en Perú y Chile está envenenando el pleito del Pacífico. ¡En provecho, claro! del imperialismo puritanesco yanqui, que enseña, como Colón, que el oro es excelentísimo y va al rescate del Santo Sepulcro del petróleo.

Y vea usted que hoy, en España, los cruzadistas, los tradicionalistas de la tradición carlista y felipista, truenan contra Méjico y se enternecen por los Estados Unidos a pesar de lo de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Los que no piensan todavía en expiar el asesinato del noble tagalo Rizal —el crimen de la Regencia— buscan ciertos apoyos, siquiera financieros, en los Estados Unidos. Y he conocido cierto fraile español, que pasó años en Méjico, que se exaltaba hablando de la cruzada marroquí contra el infiel sarraceno y rendía culto a Maximiliano de Habsburgo, el que fué emperador de Méjico. Otro retoño de Carlos Quinto!

Vea usted, pues, cómo todo se enlaza y cómo la causa patriótica de España, de la España de aquí, es la misma que la causa patriótica de esas Españas, sus hermanas, acechadas unas y otras por el imperialismo que surgió de la Reforma y de la Contra-Reforma, del luteranismo, del calvinismo cronwelliano y del jesuitismo. ¿Y el cristianismo? Este no le veo. Como no lo restauren ahí y a la indiana...!

Le escribo esto aquí en la frontera misma, a la vista de Fuenterrabia, en que se alza junto a la iglesia, la ruína, envuelta en sudario de hiedra, de un castillo de Carlos Quinto, en que moró su madre la Loca. Entreteno mis forzados ocios haciendo poesías. Le mando uno de mis últimos romances por si quiere publicarlos.

Y gracias, gracias por todo. Muy su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO.

Hendaya, 12 - VI - 1927.

¿Cuándo nos veremos? ¡Qué ganas tengo de conocer esas patrias! Pero no en gira de conferencista espectacular.